

Medio folio, de Carlos Marzal

Eran dos amigos y habían quedado para cenar. Alfredo y Mauro. Desde hacía mucho tiempo mantenían la tradición de citarse para tomar alguna cosa y charlar de sus asuntos. Para no charlar de nada en concreto, que solía ser su asunto más propio. Para no romper un vínculo que venía desde la adolescencia y que duraba ya más de treinta años.

Se habían conocido a la salida de una lectura del poeta Juan Gil-Albert en el Ateneo de Valencia. Mauro había llevado un libro del autor, *El existir medita su corriente*, para que se lo dedicara. Al final del recital, venciendo sus escrúpulos, se acercó a Gil-Albert y consiguió su firma. En la puerta del salón del Ateneo, se le aproximó un muchacho de su misma edad, que no conocía, y se presentó con las siguientes palabras:

-No es su mejor libro. Has de leer *Homenajes e im promptus*. No pierdas el tiempo-. Tenía el pelo alborotado en rizos diminutos, y una mirada fanática de insomne mártir adolescente

Mauro no supo qué decir. Él era un tímido y había hecho de su timidez una manera de estar en el mundo, un forma de intimidad consigo mismo, de modo que jamás se hubiese atrevido a abordar con esos modales a un extraño, y mucho menos a darle instrucciones de comportamiento. Le pareció un gesto de mala educación, pero a la vez le atrajo ese arrojo que él no poseía. Le irritó el hecho de que se tomase aquellas confianzas, pero también vio en ello una muestra de carácter, un carácter en todo ajeno al suyo. (Con el tiempo, Mauro comprendió que el juicio de Alfredo había sido acertado, y que los *Homenajes* era mejor libro que *El existir medita su corriente*, pero nunca dejó de parecerle fuera de lugar aquella forma de presentarse.)

Se hicieron inseparables durante el año en que estudiaban COU, Mauro en los Dominicos, y Alfredo en el Instituto San Vicente Ferrer. Los dos eran lectores voraces. Los dos alimentaban el sueño de ser escritores. Los dos se escucharon decir el uno al otro que algún día serían escritores. En realidad que serían poetas, porque el hecho de ser escritor en general les pareció, después de unas cuantas conversaciones en las que se examinaron recíprocamente, una ordinariedad, una renuncia, el consuelo literario de quienes habían querido ser poetas y no lo habían logrado. Escribir, para los dos, era escribir poemas. El resto consistía en redactar. El mundo estaba lleno de escribanos, de copistas; pero los poetas eran unos pocos: los elegidos.

Mauro solía leer de forma sistemática: cuando le interesaba un autor, procuraba hacerse con todos sus libros y los estudiaba siguiendo el orden

cronológico en que habían sido publicados. Los deglutía: porque para él la lectura nunca fue un entretenimiento tan sólo, una forma de pasar el rato. Se trataba de una actividad placentera, qué duda cabe, pero también dolorosa, esforzada, porque en ella aprendía trucos, buscaba recursos, perseguía un método. Forraba sus ejemplares con papel de estraza, los mantenía impolutos y jamás los anotaba en sus márgenes. Hubiese sido como torturar a la cría de un animal totémico e inocente. Como torturar, pongamos por caso, a un canguro.

En cambio Alfredo tenía a gala el cultivo de su anarquía lectora, y solía burlarse de los hábitos meticulosos de Mauro, que atribuía a una educación de niño pijo en un colegio privado religioso. Mauro no sólo subrayaba sus libros con bolígrafo y rotulador, y tomaba todo género de notas en sus páginas, sino que a veces tachaba los poemas que no le gustaban y escribía comentarios de irritación crítica donde le venía en gana: Intolerable. Falsedad. Mamarracho. Hipocresía. De ninguna manera. No. Neoestupidez.

Cuando Mauro le prestaba un libro, se lo devolvía con el aspecto de haber pasado una temporada en la cárcel: desencuadernado, lleno de anotaciones y manchas. Parecía que quisiese demostrar a quien lo viera –que quisiese demostrarle a Mauro-, no que se había dedicado a leerlo, sino que se había concentrado en exprimirlo, en masticarlo, y que le devolvía su pellejo, sin un gramo de materia gris en su interior.

En ocasiones llegó a pisotear delante de Mauro algún volumen, y una tarde organizó un auto de fe con el libro de un poeta social: en mitad de la Gran Vía lo roció con alcohol y le prendió fuego, mientras gritaba que ciertos desafueros literarios deberían de seguir penados con castigos corporales, con periodos en galeras, con exposición a la vergüenza pública.

A Mauro todos aquellos arrebatos de su amigo le parecía que encerraban más énfasis del recomendable. Pero a la vez le hacían gracia, y los veía como propios de un poeta. Eran signos de una autenticidad de espíritu de la que él no se consideraba capaz. Eran los votos, pensaba, de un eremita.

Para Mauro, hasta el momento de conocer a Alfredo, un poeta se limitaba a ser un individuo que escribía buenos poemas y que más tarde los publicaba en un libro. Pero Alfredo le inculcó la idea de que un poeta, además, debía poseer un temperamento público, forjarse su propia leyenda. Sin carácter, sin intervención de la personalidad del artista en el ámbito en que creaba su obra, se podía llegar a ser un funcionario de la literatura, pero no un poeta. Según Alfredo, un poeta necesitaba patalear en los estrenos de los autores mediocres. Insultar a los burgueses mediante la sutileza de sus ironías. Permitirse todas las ocurrencias que soliviantasen al vulgo municipal y espeso, formado por todos aquello que no eran

poetas. Así que cuando Alfredo empezó a fumar en pipa y se compró un batín de seda que llevaba por casa a toda hora, mientras escuchaba óperas alemanas a todo volumen, Mauro comprendió que había empezado a elaborar su personaje, decidido a intervenir en la realidad con su propia máscara.

La noche de la cena Mauro llegó puntual; es decir, antes de la hora a la que habían quedado, porque la puntualidad y la anticipación constituían sinónimos en su vocabulario íntimo. Sabía que tendría que esperar la llegada de Alfredo, que siempre había poseído un concepto propio del tiempo, sobre todo del tiempo de los demás: era una magnitud maleable, a disposición suya. Por eso había hecho de su impuntualidad proverbial un rasgo de estilo, o al menos eso era lo que solía decir cuando Mauro le reprochaba sus tardanzas.

-No seas cuadriculado -le contestó un día-. Con ese espíritu suizo te vas a quedar en relojero.

Mauro aborrecía la impuntualidad y algunas veces había estado tentado de plantar a su amigo, de marcharse y no respetar la cita, pero nunca había reunido el valor suficiente para hacerlo. Después, ese género de minucias lo torturaba durante horas: por qué -se repetía- el tiempo de los demás, mi tiempo propio, resultaba menos valioso que el de Alfredo. Si en alguna ocasión había contravenido sus principios y había llegado diez minutos tarde, Alfredo siempre lo hacía quince minutos después de la hora. Si se retrasaba veinte, Alfredo no llegaba hasta al cabo de treinta. Disponía de un aura de adivino para adueñarse del tiempo ajeno. Así que Mauro había terminado por aceptar aquella descortesía como una servidumbre más de su amistad en el curso de los años.

El restaurante era el chino *Gran Muralla*, con su acuario de rigor cerca de la puerta y las consabidas fotos del monumento, incluida una vista desde un satélite en la que se percibía con claridad la línea de la muralla, que serpenteaba allá abajo, entre nubes, en el vulnerable, azul y tierno planeta tierra.

A Mauro le gustaba comer, en especial las cocinas exóticas, y había cultivado su afición al vino hasta el punto de manejar con soltura ciertos conceptos del lenguaje de los catadores. Lágrimas. Capa. Cuerpo. Coupage. Color picota. Pensaba con sinceridad que lo hacía sin pedantería y sin soberbia, pero Alfredo le había rogado en más de una ocasión que con él se ahorrara toda esa jerga de advenedizos-

-Vas a acabar hablándome de buenas y malas añadas -se rió en cierta ocasión, mientras apuraba su copa- y eso sería más de lo que puede soportar mi

sentido de la estética. Ya sabes, querido, que la metafísica vinícola esta fuera de mis intereses.

A Alfredo el acto de comer le resultaba un trámite anodino, el tributo animal que se debía pagar por seguir con vida. La delectación en los supuestos placeres de la mesa los consideraba propios de burgueses faltos de espíritu, y solía medir a los individuos, desde hacía tiempo, por su resistencia para el ayuno, por su interés – decía- hacia la renuncia.

-Tengo el alma de un cátaro. Debería practicar la *endura* y purificarme sólo con agua. El hombre afilado es el que sabe cortar.

Cuando Alfredo se ponía estupendo, a Mauro le entraban ganas de decirle que no se diese tantos humos, que se relajara y se quitase la túnica de actor, porque el patio de butacas estaba vacío. Pero al final se mordía los labios, se callaba y rumiaba para sus adentros una suerte de desencanto melancólico.

Habían ido cambiando de restaurantes a medida que Alfredo se quejaba de la monotonía de los platos, de la familiaridad fuera de tono con que los camareros terminaban por dirigírseles. De ese modo habían terminado por conocer casi todas las variedades de la ciudad: habían cenado en argentinos, en coreanos, en pakistaníes, en japoneses, y en el más exótico de todos, una casa de comidas española –*Las tinajas de Buñol*- en donde no se podían pedir más que espesos guisos de cuchara, pero que durante varios meses le parecieron a Alfredo el regreso a los orígenes, un gesto contracultural para acabar de una vez por todas con toda la caterva de los gourmets. Y al decirlo montaba una pistola con los dedos y dispara a Mauro en la frente dos veces. Después soplaba el cañón de su índice y se enfundaba el arma.

Alfredo llegó a cenar cerca de media hora tarde, cuando Mauro ya se había tomado un tercio de la botella de vino blanco que había pedido. Venía sin afeitarse, con barba de varios días, envuelto en un abrigo de cheviot y una bufanda roja. Llevaba un cigarrillo encendido en una mano y en la otra una carpeta abultada. Sostuvo el cigarrillo entre los labios, dejó sobre la mesa la carpeta como si depositara algo que pudiera explotar, se quitó el abrigo y la bufanda, y antes de sentarse encendió un nuevo cigarrillo con los restos del anterior. En vez de disculparse, dijo:

-Por fin he acabado el texto del que te hablé. He estado hasta el último instante retocándolo. Hay cosas que no pueden esperar – dio una calada profunda a su cigarro y expulsó una nube de humo contra la cara de su amigo.

Lo cierto es que Mauro no sabía de qué texto se trataba, porque desde hacía más de treinta años Alfredo hablaba de proyectos distintos que nunca cobraban forma. Le gustaba trazar arquitecturas en el aire. Poemarios en cánticos

independientes que se enlazarían en un último movimiento musical. Cuentos de prosa quirúrgica que revelarían una complejidad orgánica fuera de lo común. Novelas esenciales con un conocimiento profundo del género humano. Hablaba de sus proyectos como si fuesen el propio acto de la escritura, y luego preguntaba:

-¿Qué te parece?

Mauro nunca había sabido bien qué decirle, pero con los años desarrolló una técnica cortés de respuesta, lo bastante delicada como para no herir a Alfredo, y lo bastante sincera como para no herirse a sí mismo teniendo que responder lo que no pensaba. El proyecto de turno era espléndido. Prometía. Pero había que cristalizarlo, llevarlo a las palabras concretas, sin las cuales no existía la literatura, que al fin y al cabo era una urdimbre verbal. De manera que –lo animaba– sólo tenía que hacer lo más fácil: escribir en el papel el texto que ya había escrito en su cabeza.

Entonces, por lo común, Alfredo replicaba:

-No es tan fácil como tú te crees. Calculo que me llevará tres o cuatro años de vivir amarrado al duro banco de los galeotes, pero así son las cosas. No pienso bajar el listón, ya sabes. No pienso renunciar a mis principios.

-Así son las cosas –solía contestar Mauro-. Lo peor de escribir es que hay que hacerlo.

Mauro veía en esas ocasiones abatirse sobre Alfredo las alas negras de la desidia, de la indolencia, y sabía que nunca escribiría lo que acababa de esbozar de viva voz. Aquellos teóricos principios de exigencia habían constituido siempre el final de su escapada, de su huida hacia ninguna parte. Además, Mauro no acababa de explicarse cuál era el listón que no debía rebajarse, porque nunca había estado a una altura concreta. Hacía muchos años que sabía un secreto de Alfredo que él nunca se había tomado la molestia de descubrir: le gustaba mucho más pensar que era escritor que todo aquello que debía hacer para conseguirlo. Le habría encantado llevar una vida de genio, siempre y cuando la genialidad se le diera por descontada y no tuviese que esforzarse en demostrársela al mundo con algún libro.

Aquella noche de la cena Alfredo estaba más alterado que de costumbre. Fumaba sin parar y se rascaba la barbilla con las uñas, como si las estuviese afilando contra la piedra de su mentón. Cuando vino el camarero para hacer la comanda, le interrumpió la sonrisa con una mano en alto extendida, como si fuese un policía de tráfico:

-Haga el favor de no interrumpirnos hasta que lo llamemos. Estamos tratando asuntos importantes.

Alfredo había traído un original para que Mauro lo leyera. Abrió la carpeta y extrajo un buen puñado de fotocopias encuadernadas con un gusanillo de metal y

tapas de plástico verde. Lo abanicó delante de su oído, como si estuviese escuchando la música que manaba de allí dentro y lo puso encima del plato de Mauro. Alfredo estaba serio y tenía los ojos vidriosos, con una pátina amarillenta de mucho traspase por detrás de su mirada fija de iluminado. Mauro miró la cubierta. Decía: *Batallas perdidas (novela)*. Alfredo tenía un aire expectante. Cogió la botella de la cubitera sin usar la servilleta que la cubría, y se sirvió una copa de vino. Dejó en el mantel y sobre su plato y los cubiertos un reguero de gotas de agua.

-No esperarás que me ponga a leerla ahora, ¿verdad?-dijo Mauro.

-Como gustes.

-¿Cómo que como gustes? Hemos quedado para cenar, que se sepa.

-Llenar el buche no tiene por qué ser necesariamente malo.

Mauro inspiró profundamente y se contuvo, y supo que aquella contención y aquella bocanada de aire le envenenarían después un buen rato de su noche.

Alfredo apagó su cigarrillo sobre el plato del pan, aunque había un cenicero en la mesa. Después levantó la mano y pidió un cenicero. El camarero de la comanda, que no era un dechado de paciencia oriental, le señaló el que estaba a su lado y recogió el plato del pan con la colilla, mientras se marchaba murmurando entre dientes algo incomprensible.

-Lo que me jode de los putos camareros chinos -dijo Alfredo-, además de su sumisión bovina, es que dispongan de un idioma propio que no entiendo.

Mauro no quería levantar la vista de la cubierta de la novela.

-Bueno, ¿qué te parece el título?-preguntó Alfredo pasados unos instantes.

-Me parece correcto. Falta ver si responde al contenido y si el contenido responde al título.

-Ya.

-Hay títulos que me gustan antes de leer el libro y que después se me caen de las manos. Y al revés: títulos que me dicen poco y luego me parecen un acierto.

-Ya. ¿Vas a hablarme ahora de *La flores del mal* y de que es uno de los *peores mejores* títulos de la Historia de la Literatura Contemporánea?

-No. Voy a pedir la cena.

-Será lo mejor. Encarga tu pitanza. La verdad es que no tengo hambre- y volvió a levantar la mano y pidió una copa de coñac-. A ser posible francés, y sin comentarios de sinólogo a pie de página- añadió con una sonrisa de cínica teatralidad.

El camarero lo miró con cara de pocos amigos, pero sin entender el fondo del asunto.

No era la primera vez en que Mauro cenaba solo y acompañado, porque

Alfredo decidía de repente que no tenía apetito. En algunas de sus citas argumentaba que se estaba purificando mediante el ayuno, y entonces bebía por tres comensales. En otras ocasiones le gustaba hacerse la víctima proletaria y declaraba que no podía permitirse aquellas cenas, ante el asombro de Mauro, que era quien terminaba por pagarlas en un noventa por ciento de los casos: desde que Alfredo estableció el malentendido de que él era un poeta pobre y Mauro un rico novelista.

Ese malentendido comenzó el mismo día en que se fundó la tradición de sus encuentros. La cena inaugural la propuso Mauro, para celebrar la salida de su primer libro, un conjunto de relatos que pretendía ser un himno a la adolescencia, ese periodo de desesperada plenitud. Un libro que aspiraba a concentrar el aroma a galán de noche y la sensación de llevar el bañador mojado.

No es que hubiese desistido de la poesía, sino que la poesía parecía no haber deseado entregársele, al menos –pensaba– bajo forma de poemas. Lo pensaba sin rencor, dándose por satisfecho con lo que le estaba deparando la escritura. Además, había descubierto a lo largo de los años, pasada la fiebre de su primera juventud, que la poesía de la alta poesía y la poesía de la buena prosa no eran dos asuntos diferentes, sino dos formas idénticas de aspirar a lo mismo: la poesía.

Mauro le regaló a Alfredo un ejemplar de aquel primer libro cuando le llegó de la imprenta. Llevaba impresa una dedicatoria cómplice en una de las páginas de respeto: *A Alfredo Monteagut, tan autor de estas palabras como su mismo autor.*

Lo cierto es que Alfredo había puesto gran cantidad de reparos a aquellos cuentos y había terminado por desaconsejar a Mauro su publicación. Cada vez que Mauro le pasaba un relato recién escrito, Alfredo le decía:

-No está mal, pero le falta medio folio.

En esas ocasiones, Mauro regresaba a casa irritado y abatido, pero volvía sobre su relato, introducía correcciones según las sugerencias de Alfredo, y añadía ese supuesto medio folio que le faltaba. De esa manera aprendió que corregir después de lo que unos ojos severos observan siempre resulta beneficioso. Lo cierto fue que nunca se arrepintió de insistir una vez más en la depuración de su escritura, por más que fuera una tarea ingrata en la que se le revelaban sus carencias, y cuánto camino le quedaba aún por recorrer hasta lograr ser dueño de su oficio. Pero el caso era que cuando volvía a enseñarle el resultado a Alfredo, este siempre dictaminaba:

-No está mal, pero le falta medio folio.

Así que cierto día, cansado de los relatos, de las correcciones y de los escrúpulos de Alfredo, Mauro decidió dar su libro por terminado y enviarlo a una editorial de prestigio. Para su asombro, el libro se publicó once meses después.

Ese mismo ceremonial de escritura, recelos y correcciones se repitió en los tres siguientes libros de Mauro: un segundo volumen de cuentos, un diario sobre un viaje a tierras del Perú y su primera novela. Alfredo los leyó todos y a todos les encontró los suficientes defectos como para desaprobar su publicación.

-Yo que tú no lo haría. La fruta no está madura.

-Ya sé: le falta medio folio.

Mauro solía tener en cuenta las observaciones razonables de Alfredo y las incorporaba a sus páginas. Acogía sus sugerencias de supresión y tachaba y rompía, pero llegó un momento en que le pareció que el criterio de Alfredo perdía sutileza, y se convertía en una sucesión de caprichos sin porqué. Nunca le dijo lo que pensaba por completo, pero de puertas para adentro de su conciencia Mauro lo fue desposeyendo de autoridad, hasta el punto de que no le pasó su segunda novela para que la leyese antes de publicarla. Sin embargo, hizo que se la enviaran desde la editorial con una dedicatoria cariñosa de su puño y letra.

Pasados unos seis meses de silencio, durante una de sus citas, Alfredo le dijo que no había encontrado aún el clima propicio para leer la novela.

-Llevas camino de convertirte en una figura muy poco respetable: un autor prolífico- bromeó con dos copas de más.

-Me figuro -respondió Mauro con esas mismas copas de más, y una sonrisa condescendiente por la que sangraba su herida abierta- que cada cual tiene su destino. Unos publicamos libros a los que les falta medio folio y otros siguen depurando su medio folio que nunca publican.

Después de esas palabras Mauro quiso que se lo tragase la tierra y se arrepintió de haberlas pronunciado, porque en la cara de Alfredo se dibujó una extraña mueca taciturna. Mauro tuvo la impresión de que le acababa de revelar el adulterio de su mujer, del que todos hablaban a sus espaldas.

Cuando le dieron el Premio Nacional de la Crítica por la novela, Alfredo le puso un telegrama: *Lo conseguiste. Imagino sólo falta Academia.*

La sopa de aleta de tiburón le resultó aquella noche a Mauro el plato más triste del mundo. Alfredo había caído en uno de sus sopores de hermetismo, y no hacía otra cosa más que fumar un cigarro tras otro, beber en apenas dos tragos sus copas de coñac y observarlo comer con una distante curiosidad de naturalista.

Mauro tragó cada una de las cucharadas en un acto de penitencia. Un purgante no le hubiese infundido un malestar más fuerte. Estaba de muy mal humor -un mal humor amargo e inútil-, y empezaba a hacerse una pregunta que en los últimos tiempos le rondaba la cabeza, como un contrapunto musical, por debajo

del resto de sus averiguaciones: ¿Qué estamos haciendo aquí?

-Cuando lo hayas leído, sólo te pido dos cosas: un juicio severo y que me ayudes con tus editores a negociar un buen contrato. Mi barco económico se viene a pique.

Desde que Alfredo decidió en la juventud abandonar la carrera de Filología que ambos habían emprendido juntos (porque en la docta casa -declaró- no tenían nada que enseñarle), había deambulado por distintos oficios sin pena ni gloria.

-La leeré y te daré mi opinión sincera. Como siempre.

Aquella noche, cuando llegó de la cena, Mauro comenzó la lectura del original. La resistencia al avance que levantaba cada página le transmitía cierta pesadumbre. El fraseo estaba trazado con una invisible, pero no por ello menos real, condición plúmbea: en lugar de fluir, ahogaba su respiración, por pretender que cada enunciado fuese una novela en sí misma. A las pocas páginas sintió el cansancio de espíritu que se apodera del lector aburrido. El texto no progresaba y estaba escrito con torpeza, o al menos con lo que Mauro pensaba que era un ejemplo de prosa torpe. Le parecieron las confesiones inapetentes de un cuarentón que no tenía nada que contar, y que no sabía cómo despertar el apetito de quien lo estaba leyendo. De modo que cerró el libro y se marchó a la cama, aunque estaba seguro de que no lograría dormir bien.

Le preocupaban dos asuntos: en primer lugar, y sobre todo, el instante de hablar con Alfredo para darle su parecer; y en segundo lugar la hipotética recomendación del texto a sus editores. En un caso empeñaba su vieja amistad, en el otro su criterio de lector.

Unos años atrás, Alfredo le había contado uno de sus proyectos espectrales: una novela de huéspedes reflexivos en habitaciones de hoteles famosos. Uno de tantos argumentos que podía ir a dar en una obra maestra o en una nadería sin interés ninguno. Como cualquier argumento.

Le pidió a Mauro que se lo contara a sus editores, porque si les gustaba lo escribiría. De ese modo se aseguraba no perder ni el tiempo ni sus fuerzas.

Mauro no dio crédito a lo que estaba escuchando. Con gran perplejidad y con una cierta turbación, trató de explicarle que ni la literatura ni el negocio editorial solían proceder así: lo común era escribir una novela y después someterla a juicio, no someter a juicio una hipótesis y después convertirla en novela. Alfredo pareció sorprenderse, pero su sorpresa resultaba siempre mucho más profunda que el asunto que la suscitaba: como si no terminase de entender, a través de aquella anécdota, el engranaje del universo. En esas ocasiones, Mauro tenía la impresión de hablar con un niño decepcionado que no era capaz de comprender el mecanismo de su juguete.

Pero en este caso todo resultaba distinto, porque por fin había escrito una novela. Una novela que a Mauro le resultó ilegible.

Tres días después telefoneó a Alfredo y le dijo que le había parecido espléndida. Le habló como si todo lo que pensaba que Alfredo había pretendido en cada frase lo hubiera logrado. Divagó en realidad acerca de un libro inexistente. Ahora no se trataba de un proyecto espectral, sino de un espectro con dimensiones concretas: tenía título y trescientas páginas.

Alabó sin estridencias la calidad de la frase, la madurez de la voz narradora, el conocimiento del alma humana que se transmitía en el efecto del conjunto. Mientras se escuchaba, se sintió un hijo de puta, pero un hijo de puta aliviado. Un hijo de puta que se estaba quitando un enorme peso de encima, que estaba apartando con esfuerzo un cáliz repleto de bilis.

Al otro lado del teléfono Alfredo le dejaba hablar, y de vez en cuando respunteaba la conversación con algún monosílabo.

Mauro le prometió que hablaría a sus editores con entusiasmo, aunque pensaba decirles que el envío de la novela era un compromiso en el que no depositaba ninguna fe, para que fuesen ellos quienes decidiesen. Terminó con una broma que aspiraba a ser no sólo una forma cordial de despedirse, sino el contrapeso de todas sus afirmaciones, como si el recurso de la risa infundiera una mayor seriedad a lo que acababa de decir:

-Te ha costado perder la virginidad, cabronazo, pero lo has hecho a lo grande.

El resto de la semana, Mauro anduvo en una nube de incomodidad consigo mismo. Le disgustaba más el hecho de haber traicionado su criterio de lector riguroso que el propio acto de haber mentido a Alfredo. En definitiva, llega un momento en la amistad –pensaba- en que si uno se arrepiente no puede permitirse el confesarlo. Hay que seguir adelante, porque cuesta más dar la vuelta y regresar al principio.

Unos días después Mauro encontró, junto con la correspondencia bancaria y la publicidad, una carta que venía sin sello. Reconoció en el sobre aquella inconfundible caligrafía, ejecutada siempre con trazos de irascible cálculo. Alfredo se había tomado la molestia de depositarla en persona en el buzón.

Mientras subía en el ascensor, la abrió:

Mauro:

Aunque te había perdido el respeto como escritor hace mucho, cuando decidiste renunciar a tus mejores sueños y convertirte en un profesional de la escritura, aún pensaba que eras un buen lector. No sé cómo has podido creer que yo era el responsable de semejante puerilidad. Es la novela de un conocido: no tiene el más pequeño interés. La verdad es que ahora comprendo que estoy más solo que nunca.